



DISCURSO PRONUNCIADO

EN

LA CAPITAL DE OAXACA,

EN EL

5.º ANIVERSARIO DEL 5 DE MAYO,

POR EL CIUDADANO

FELIX ROMERO.



OAXACA.

Impreso por Manuel Rincon.

Calle del Estanco N. 1.

1867.

SECRETARIA DEL GOBIERNO POLITICO DEL ESTADO
DE OAXACA.—SECCION 3.ª

El ciudadano gobernador del Estado, deseoso de dar publicidad por medio de la prensa á la hermosa oracion cívica que pronunció V. ayer, en celebridad del glorioso triunfo que en Puebla de Zaragoza obtuvieron las armas nacionales el 5 de Mayo de 1862, contra el ejército frances, me manda decir á V. tenga la bondad, como se lo suplico, de remitirme el citado discurso, para dar cumplimiento á la superior determinacion de que'trato.

Acepte V., con este motivo, reiteradas muestras de mi aprecio.

Independencia y República. Oaxaca,
Mayo 6 de 1867.—*Pablo Pantoja*, oficial mayor.—Ciudadano Lic. Félix Romero.
—Presente.



El discurso cívico que ayer pronuncié en celebridad del 5 de Mayo, no envuelve mas que una aspiracion patriótica: demostrar á mis conciudadanos, que toda usurpacion, maldad ó tiranía caen, hechas pedazos, ante los esfuerzos de la perseverancia y el valor.

Si V. cree que este pensamiento, revestido de formas republicanas, puede servir de algo en la conciencia pública, lo hago á V. dueño de él desde luego, y puede ponerlo á las órdenes del ciudadano gobernador del Estado.

Pátria y República. Oaxaca, Mayo 6 de 1867.—*Félix Romero*.—Ciudadano oficial mayor, encargado de la secretaría del gobierno del Estado.—Presente.





CONCIUDADANOS:



NO hace un año que en vano buscábamos la pátria: la pátria no estaba aquí entre las bayonetas extranjeras. Desde que los azares de la guerra nos pusieron en manos de Bazaine, en Febrero de 65, los oaxaqueños no teníamos pátria. Ella se hallaba combatida y aun errante, pero serena é impávida en la frontera del Norte, al lado de Juarez; desgarrada y bañada en sangre en los bosques, pero con el mosquete al hombro, al frente de los guerrilleros; en las ciudades vivia encerrada, como en un santuario, en la conciencia de cada hombre de honor, y en las aldeas, en los calabozos, en el destierro y aun en el patíbulo, palpitaba en el corazon de cada ciudadano y en la última mirada de cada mártir.

¡Pueblo oaxaqueño, ¡viva la pátria! (*Aclamacion general.*)

Y vive, no lo dudeis, despues de un lustro de invasion, de bélicas alternativas, de amargas decepciones, de esperanza y de fé, de valor y de gloria. Sí, vive, pues nos deja respirar los aires de su existencia, y siento circular su sangre por mis venas; por-

que veo que estais en pié, alegres con el sol y la fiesta del día; porque, entre esta grande marea que agita el patriotismo, reconozco los semblantes de sus caudillos y de sus soldados, ostentando victoriosos la escarapela nacional.

Hoy es el día de Bruto, de Horacio Cógles, de Washington, de Castaños, de Hidalgo, de Bolívar, de Zaragoza. ¡Qué pléyada de héroes! ¡Qué cosas no hicieron por la pátria! ¡Cuánto no les deben la democracia y la humanidad reconocidas!

La tiranía huyendo con los Tarquinos ante el cadáver de Lucrecia y las amenazas de Bruto; los soldados de Porcena detenidos en su triunfo y arrojados de las puertas de Roma por Horacio; Washington haciendo otro pueblo-rey de una colonia de puritanos; Castaños derribando en Baylen al coloso de la Europa; Hidalgo consagrándose en Dolores el primer apóstol de la libertad de México; Bolívar vibrando su espada vencedora en Junin, y Zaragoza, alma del pueblo, remontado al zenit de la gloria, al abatir en Puebla las águilas francesas.....

¡Qué hermosas son esas fechas que, como el 5 de Mayo, lucen astros de la posteridad y resuenan en el seno de mil generaciones!

¡Y á quién creéis que se deben esos caminos luminosos, abiertos al porvenir, y esos frutos de bendición que las naciones cosechan de tiempo en tiempo? A la resistencia, al antagonismo, á la lucha contra el pasado; á la necesidad de ser, de progresar, de dominar; al talento que no se esclaviza, al valor que no se abate, á la fê que arde inestinguible en el corazón del pueblo. Por eso en la tierra, los esfuerzos hondamente laboriosos vienen á ser leyes de la naturaleza ó de la humanidad. Si no, ya habeis visto que cada trueno de nube es para anunciar el rayo que se desprende; cada bramido del volcan, la lava que hierve y que se esparce; cada tormenta de mar, el combate entre el cielo y la tierra, por conservar y aun agrandar su imperio! ¡Y qué resulta de esos

choques gigantescos? Que el mundo vive, que el mundo crece, que el mundo marcha! Y esto que sucede en la naturaleza, observad que se verifica igualmente en las sociedades.

Cuando México era el Anáhuac, y Hutzilopochtli gobernaba con su cetro de hierro el Nuevo-Mundo, por medio de Moctezuma, todo parecía ir bien en estas regiones. Era un imperio así como el de Constantino ó de Carlo-Magno, compuesto de guerreros y sacerdotes, de nobles y plebeyos, de dichosos saltimbanquis y de lindas vestales. En toda la estension del territorio, nadie se atrevía á irritar al monarca, sin ser traspasado por las flechas ó caer bajo los golpes de maza de sus soldados.

¡Qué delicioso era ver correr el tiempo en aquel calendario que señalaba con las estaciones el cumpleaños de los príncipes, los acontecimientos patrióticos y el suspirado día del jubileo nacional!

¡Qué riqueza y que esplendor de los grandes! ¡qué jóvenes tronchados en la flor de la vida, para servir de pasto á los dioses! ¡qué poetas y qué oradores brillando en los palacios de la corte! ¡y cuánta humana delicia respirando siempre en torno del pontífice-rey! Moctezuma no sospechaba entonces, si tal vez vivía en la tierra ó en el cielo; si era descendiente por alguna línea de Gregorio VII, aspirante á la monarquía universal, ó podía ser heredado por sus presuntos amos los reyes, en cuyos dominios el sol no se ponía.

Pero como aquí, abajo, todo tiene su ley y su destino, como todo tiene su reflujo constante, el día menos pensado, un soldado, un aventurero, un desheredado de la Europa, que tras las olas del Océano espiaba y sonreía á la encantadora tierra de Quetzalcoatl, la asalta, la combate, la engaña; llega á su capital, aprisiona á su monarca, y lo mata y lo escarnece como á un miserable.

Merecido por traidor, que abrió las puertas de la corte y alojó en sus palacios al enemigo: mas me-

recido todavía por supersticioso y por cobarde, que se aterró ante el horóscopo de sus personales desdichas.....

¡Pueblo! Esos crímenes y esas debilidades de los grandes, que casi siempre tienen su raíz en la educación, han hecho la desgracia y la esclavitud de las naciones. ¡Abajo los fanáticos y los cōbardes! ¡Paso al valor y á los espíritus fuertes! (*Aplausos.*)

Sin Guatimotzin de por medio, sin esa gran figura de la pátria azteca, Cortés habria hecho su entrada en México bajo arcos de triunfo, aunque sin las nubes de incienso de los sacerdotes.

Pero ¡ay! que aquella pavorosa resistencia era la lucha necesaria de dos civilizaciones, el choque de dos mundos, el último grito de la tierra libre al dar á luz al último de sus héroes.

Así, pues, al romper la aurora de este siglo en que vivimos, que ha sido para los pueblos de sacudimientos y tempestades, de sacrificios y de ilustres acciones, nosotros no teniamos historia, es decir, no teniamos vida política, no teniamos recuerdos nacionales. Nuestro árbol genealógico habia muerto en la mitad del siglo XVI, á los tajos de una soldadesca valiente, pero brutal; heróica, pero fanática. Carlos V se reflejaba en ella, ya calzando el coturno y blandiendo la espada en los campos de San Quintin y de Pavía; ya vistiendo el sayal y pidiendo arrodillado ante un padre seráfico, perdon de sus culpas y que le abriese por compasion las puertas del cielo. .

Unos cuantos geroglíficos, escritos como las tablas de Moisés, para significar una religion y representar una nacionalidad, habian quedado de aquella grande y gloriosa monarquía, en que Moctezuma, el débil, como supersticioso, habia hecho el papel de víctima; mientras Guatimotzin, el valeroso, como alumbrado por una razon superior, era el héroe del patriotismo del Anáhuac. Pues bien: de toda aquella civilizacion que se estinguia en los dos últimos monarcas, nos quedaban esos geroglíficos; de toda

una legion de príncipes, un héroe; de un valiente y orgulloso pueblo, solo un monton de esclavos.

El fanatismo y la supersticion de los sacerdotes de Huitzilopotchtli, que habian hecho de esa vasta monarquía, una nacion enfermiza y de frágiles cimientos, encontraron inflamados en su mismo espíritu á los misioneros de la conquista y á sus paladines de corazon altivo. Fueron, pues, nuestros abuelos esclavizados y deshechos en la tormenta en que los envolvió la conquista; fueron tambien infortunados y el ludibrio de una corte sensual y corrompida, los colonos, nuestros padres, que sucedieron á los aztecas. Estrella de melancólicos reflejos apareció en nuestro horizonte para señalar estas dos épocas!

Pero entre la desgracia y la abyeccion, entre el embrutecimiento y la decadencia de los mexicanos del siglo XVI, y los colonos del XVIII, aparecian contrapuestos siempre dos génius, dos organizaciones, dos razas. Eran Moctezuma y Guatimotzin reproductos; era su educacion encarnada en las costumbres de sus hijos; era el principio de retroceso y el principio de libertad, combatiendo por apoderarse de la conciencia del mayor número.

Esta lucha moral, encendiéndose y desbordándose por momentos del recinto del corazon al recinto de la familia, del hogar doméstico á los círculos sociales, produjo luego una viva explosion en todos los ánimos. De aquí surgieron dos partidos, el realista, que apegado á las tradiciones de la antigua monarquía, ya emparentada y confundida con los nobles de España, procuraba mantener el régimen colonial, y el independiente, que léjos de mezclar su sangre y abjurar de sus ideas, las formulaba ahora con toda la fuerza de su palabra y salia á sostenerlas en los campos de batalla.

He aquí, que á la vuelta de tres siglos, los colonos, los esclavos, los oprimidos bajo el sable de la conquista, la generacion hasta entonces abatida y si-

lenciosa, pero llevando siempre en su alma la fé de sus principios y la esperanza de la victoria, se levanta para inmortalizar una noche y glorificar á un hombre. Este hombre fué Hidalgo; esa noche el 15 de Setiembre de 1810.

La guerra, entonces, con ese patriota por caudillo, y con el grito de "Independencia" por bandera, se revistió de un carácter nacional. México, así, quedaba dividido entre los amigos de los reyes y los antiguos abusos, y los sectarios de la independencia y de la libertad; entre la debilidad y la supersticion, y la fuerza y la filosofía; contaba, en fin, de un lado los hijos degenerados de Moctezuma, y del otro los esclarecidos descendientes de Guatimotzin.

Cada día, y en cada pueblo, en la inmensa estension del país, se señalaba la existencia de los hombres libres por un triunfo ó una derrota, por un nuevo caudillo ó la desaparicion de un mártir de la pátria. Habia sonado la hora de la guerra, guerra sin trégua, guerra de esterminio, guerra con todas sus calamidades, con todas sus venganzas y toda su sangre hirviente, derramada para lavar tres siglos de opresion: guerra del corazon ansioso de libertad y de porvenir, del pueblo contra los tiranos, de México contra España, de Hidalgo contra Fernando VII! Despues del grito de Dolores, del fatídico resonar de las armas, de ese esplendoroso surco de fuego, insurreccion ó maldicion contra los déspotas, tras el cual parecia Hidalgo el dios de los combates; descubrieron nuestros padres esa inmensa luz del horizonte, llamada gloria. ¡Allí era Guanaxuato! cerca estaba Acatempam, y de Acatempam á Iguala no habia mas que un paso. ¡Camino de laureles! ¡Campo del porvenir, alumbrado con los rayos populares! Abismo insondable de los usurpadores!

Qué grandiosa emocion experimenta el alma, cuando lo que estaba decaydo se indigna, cuando lo que estaba por tierra se levanta, cuando los res-

plandores eclipsados reaparecen graciosos y formidables, cuando la Nueva-España vuelve á ser México, cuando México vuelve á ser independiente y libre.

¡Guatimotzin, tú fuiste la nube, Hidalgo el trueno, busquemos el rayo que ha herido el alma de los enemigos de la patria!

¡No ois, ciudadanos, cerca, muy cerca el manso rumor de los plácemes, la algazara de los brándis, la esplosion de los abrazos! Es el festin de la traicion, la última palabra de esa generacion decrepita, torpe, supersticiosa, indolente, la cola de aquel mónstruo que abrió á Cortés las puertas de Tenoxtitlan, que recibió con honra el yugo de la metrópcli, que fué herida en el pueblo de Dolores, derrotada en los combates del año 24, vencida y encaadenada en la constitucion de 57; es esa serpiente que creyó encontrar su paraíso con su Eva y su fruta vedada, en esta tierra, deparada para otros destinos, la que ha mordido el corazon de la patria, y es la misma que ha llamado al extranjero, para adjudicársela en el mercado de las naciones, como los usureros á las esclavas en Oriente, haciendo sus *notables* el importante papel de enucos. . . . (*Risas y aplausos.*) ¡Qué horror! ¡Qué mengua! ¡Qué suprema miseria!

Sí, ese partido, realista al principio, luego escosés, despues conservador; asesino de Ocampo, verdugo de Valle, sacrificador de Degollado, antorcha, perfume y génio del progreso; ese partido, vuelto del polvo de la infamia, donde lo habian hundido el valor y el esfuerzo del pueblo, reaparece con el bautismo no menos repugnante de intervencionista, y cobijado con la *orgullosa* bandera de la Francia. ¡Oh pabellon! tú el pensamiento y la gloria de la gran república de 93; enseña de victoria de Lafayette; sudario de aquellos republicanos de hierro, que solo se conmovian con tus colores, porque significaban el sentimiento de la patria; tú, que has

llevado el respeto y la admiracion al mundo; ¡atras! que un farsante te ha prostituido; ¡atras! que la traicion te ha degradado; ¡atras! que Almonte, cabalgando en tu águila, la ha rebajado hasta á una polla doméstica.....! (*Aplausos.*)

Pero ¡qué quereis franceses! venís como Cortés, aliados con el partido del retroceso, del egoismo y de la barbárie, para imponernos un régimen á la europea, meternos por el estrecho sendero de la paz monárquica, y hacernos felices á pesar nuestro....!

Es verdad, á eso venís: gracias, que sois muy generosos. (*Risas.*)

Avanzáis, entre tanto, llevando á la cabeza á vuestro conde de Laurencez, y á los flancos á los caudillos de la traicion. Formais una procesion triunfal con sus palmas y sus rifles, sus capellanes de Nostra-Damus y sus degolladores á caballo. Estamos bajo el dominio de esos gigantes de nieve, llamados Pocatepetl é Ixtlaxihualt. En 1519, los españoles, al redoble de sus cajas de guerra, y los tlaxcaltecas al son de sus atabales, marchaban compactos y vigorosos, subiendo la mesa central en pos de la tierra prometida; tres siglos despues, los franceses, confiados, resueltos, orgullosos, con la conciencia de la superioridad del número y de la raza, sí, de la raza, ¿lo entendéis? y estimulados por las promesas de los antropófagos Márquez y Cobos, de ser acogidos por los mexicanos con todas las ofrendas á los libertadores, preparan el asalto sobre Puebla.

¡Mirad! ya avanzan las columnas, trnena el cañon, la muerte y el humo cubren á los combatientes con sus alas fatídicas; y al grito atronador de "pátria y guerra," el invasor es tres veces arrojado de las trincheras, echado en los fosos, y al fin disperso y perseguido en la llanura.

El 1º de Julio de 1520, Cortés en los alderedores de la gran Tenoxtitlan, cosecha un cruento desengaño; tiene su "Noche triste:" Laurencez, al pié de los muros de Puebla, en 1862, llora una amarga

derrota; tiene su 5 de Mayo. El primero, batido, acribillado, deshecho y desangrado en las aguas de Texcoco, busca su salvacion en la fuga y las tinieblas; el segundo, envuelto, arrollado, doliente el corazon, y recogido entre sus trenes, como una oruga en su capullo, escapa en una memorable retirada. La bandera de Castilla, trémula y desgarrada por las saetas de los soldados aztecas, se inclina de dolor y de miedo ante el sol de la victoria; el pabellon frances, herido en la frente y agobiado por la derrota, deja eclipsar sus colores ante las glorias de la República.

Ved, pueblo, los prodigios que hace el esfuerzo, el valor, el heroismo, la diosa libertad; ved, cómo despues de tres siglos, los sacrificios patrióticos pueden identificar dos épocas, dos pueblos, dos nacionalidades; ved, cómo con la sangre se trasmite el sentimiento del deber y del honor de la vergüenza y el orgullo; cómo un Guatimotzin pudo engendrar un Hidalgo, y cómo estos padres de la pátria, hicieron reflejar sus almas en Zaragoza y Juarez, Corona y Porfirio Diaz.

Despues de la “*Noche triste*” y del glorioso 5 de Mayo, los conquistadores de ambas épocas, cubiertos aún con el polvo de la derrota, hacen alto en su camino, descansan, se refuerzan, conspiran, seducen, corrompen la conciencia pública; y á poco, unos se apoderan de la corte de los aztecas, pasando sobre el cadáver de Moctezuma, y los otros ocupan la capital republicana, creyendo haber sepultado en ella á la República.

Los franceses, conducidos por Forey, piensan orgullosamente entonces haber llegado al término de su expedicion, enarbolando la bandera napoleónica en el palacio de nuestros presidentes; y al saberlo en las Tullerías y Miramar, los alcázares se empuvan, se iluminan, se baila y se apura en ellos con entusiasmo la copa del placer, á la salud del predestinado á fundar una monarquía en la heroica tierra de Morelos.

Mas, ¡qué estrépito es ese que se levanta para advertir al país de un extraño acontecimiento, que se verifica en la estension de Veracruz á México! Es nada menos que el arribo del archiduque emperador, Maximiliano Hapsburgo, á su nueva pátria: así la llama él mismo en su “manifiesto” para anunciarse al pueblo mexicano. Viene, dice, llamado por la Providencia á regenerar á la Nacion, y trae para ello, firme, la espada al cinto, y es su lema: “la equidad en la justicia.” Este archiduque es un hombre magnífico: conduce en su servidumbre media docena de coudes y marquesas, de aquellos que se hacen en Europa con una sonrisa, ó con una presion de mano, en un momento de insomnio placentero, (*Risas.*) y una caja particular, entre sus magnificencias, de oro purísimo, con algunos millones de plata, dentro: le acompañan dos ó tres obispos católicos, muy católicos, risueños como las horas matutinas, y abyectos como los monaguillos de San Pedro en Roma. (*Risas.*) ¡Qué tren! ¡qué comitiva! ¡cómo galopan los cazadores de Africa por saludar y servir á su semi-soberano, es decir, al tirapié de su augusto soberano. Aquí se le ofrece un ramillete, mas allá se le dedica un discurso, quién, pulsando la bandurria, modula tímidamente una estrofa, que se estingue al salir de los lábios, y cómo, al pisar la plaza de los vireyes, aparece la procesion de sacerdotes, quemando aromas y entonando hosannas al prometido, al augusto, al salvador Maximiliano.

Esperad, que el santuario está abierto, y no es ya el templo del dios de la guerra, sino el del Dios de los ejércitos, con sus naves resplandecientes y sus coros resonando con armonías y versos místicos, y allá en el fondo, en lo alto, en pié y de capa pluvial, ¡lo veis! descuella un ministro del Señor que, rodeado de cirios, electrizado con las miradas de la corte allí instalada, y arrobado en el dulcísimo éstasis de su victoria contra la impiedad, la constitucion y la República, entona con todos sus pulmones un *Te*

Deum laudamos al usurpador de la pátria! (*Aplausos prolongados.*)

Pero ¿quién es ese pontífice de la nueva ley, que tan buenos usos hace de la religion de Cristo? ¿Será Zumárraga? No, que este arzobispo, ignorante, como alumno de la escuela de los entes de razon y de las ideas innatas, y fanático, como cristiano al modo de los ministros del Santo Oficio, no hizo mas que ejecutar un auto de fé, y eso por heréticos, en los manuscritos y monnmentos aztecas, quemándolos en la plaza de Taltelolco; mientras que este otro monseñor, que es Labastida, iníca, inísta, coopera, se regocija en la Santa Catedral, cometiéndolo el sacrilegio mas nefando, auto de fé contra la pátria, en esa subasta régia, por la que, México, al ófrecerse por unos miserables traficantes en el mercado de las naciones, fué adjudicado á un *ilustre* príncipe de la casa de Austria.

Siempre esta casa metiendo sus garras de acero en los destinos de las naciones; siempre el despotismo queriendo envenenar con su aliento de muerte las entrañas de los pueblos; siempre Cárlos V, luchando desde su tumba, representado en uno de sus nietos, con los mexicanos independientes, con los hombres de corazon, con los ardientes vástagos de aquel caudillo, que, al morir en una hoguera, se despedia del mundo como si reposase sobre un lecho de rosas.

Esta venta de la pátria libre, por mas que haya sidon mal, nos conduce á estos importantes resultados; primero: que los reyes no se ungen ya, ni se hacen, ni se glorifican con el óleo consagrado, ni menos en las urnas de los votos populares; sino que, un club de unos cuantos petardistas puede, mediante la inscripción de sus nombres en una acta de rebelion, elevar tronos y erigir potestades. Segundo: que un monarca así hecho y derecho, contando con un poderoso protector, que le proporcione algunos millones en papel moneda y algun pequeño ejército disci-

plinado, bien puede hacerse dueño de la tierra que su ambicion le depare en su camino.

Esta es la moral de la fuerza, de la intriga y de la usurpacion.

Pero contra estos actos de vergüenza y de iniquidad, se subleva el patriotismo de las masas; contra la obra de los notables, la obra del pueblo; contra Maximiliano, Juarez; contra los pretorianos de la Francia, la nacion mexicana!

Si no, escuchad ese rumor, esa sublevacion, ese grito de todos, ¡á las armas! esa abnegacion de sí mismos, y de la familia, y de los intereses mas caros, por ir al socorro de la pátria. Es Alamos el primer combate donde se estrena la victoria: un puñado de valientes hacen los honores á la bandera nacional. Siguen Chihuahua y Santa Isabel, valuartes del honor, que se refleja en sus caudillos; despues el Parral y Matamoros, donde Treviño y Escobedo, firmes soldados de la República, son los héroes. Porfirio Diaz les sigue: tres veces vencedor de los austriacos, franceses y traidores, en Miahuatlan, la Carbonera y Oaxaca, forma con los despojos de su triunfo una hermosa division, que, bajo los muros de Puebla, llega á ser un ejército. Armas, municiones, banderas, gloria y orgullo, trofeos de la victoria, todo tiene el ejército de Oriente. Aparece el 2 de Abril iluminando al mundo, y el estrépito de las descargas, los ayes de los moribundos, el brioso galopar de los caballos, ese aturdimiento de los débiles, esa sonrisa serena de los fuertes, aquí el clarin tocando á degüello, y mas allá los cañones ametrallando á los soldados del porvenir, todo pregona que este es un fastoso y tremendo dia. Sí, es otra jornada, otra página mas de esa falande intrépida, que, á un solo arranque generoso, ha saltado fosos, escalado trincheras y tomado á ballonetazos la plaza de Puebla. Otra vez gloria á Porfirio Diaz, que en dos horas de combate, ha devuelto á Puebla su bautismo patriótico, Zaragoza; su renombre inmortal, 5 de Mayo!!!

Tal vez en estos momentos, en que hacemos grata memoria de nuestros soldados valerosos, la hidra imperial, recogida y acribillada, despues de la batalla de San Lorenzo, tiene que sucumbir hecha pedazos ante el esfuerzo irresistible de Diaz y de Escobedo.

La intervencion, representada en Maximiliano, y la traicion en Márquez, se agitan desesperadas en el vértigo de su agonía, en solo dos importantes capitales, creyendo escapar á los golpes de muerte de nuestros caudillos. Están rodeados de muros, de cañones, de barricas de pólvora para volar á los patriotas, de sangre que los ahoga, de maldiciones que los abruma, y ardiendo de impotencia y de rabia el corazon atribulado. ¡He aquí tu obra Napoleon III! ¡he aquí vuestro espejo, usurpadores de la Europa! ¡he aquí el brazo y la cabeza de la traicion, hundidas en las aguas de los lagos de México, ó en los sótanos de la ciudad de los jesuitas.....!

La comedia de grande aparato: "La equidad en la justicia," con su príncipe madrugador, sus duquesas y barones, sus amores régios dentro de bastidores, sus comendadores y caballeros, sus medallas y títulos colorados para todos los ingenios y todas las profesiones, la leva en masa, los préstamos forzosos, los gajes de los alojados, los aires de espadachin de la Estafeta, los sermones del "Pájaro Verde," los epigramas de Mr. Bazaine, las terribles escomuniones de los señores obispos; (*Risas.*) todo este informe conjunto, toda esta ridícula farsa, toda esta imperial gerigonza, tocan á su término. ¡Qué sainete el de este rey de pandilla sin las cortes marciales, el patíbulo de Arteaga y la sangre de otros mil patriotas, sacrificados en cinco años de combate!

Estaba escrito que, para la espacion de las monarquías y la rehabilitación de las repúblicas en América, un príncipe feudal, una caricatura de Felipe IV, viniese á armar guerra y á hacerse el usurpador en este suelo de la democracia, y que en vez de eri-

gir un trono, se habia de cavar una fosa, donde la pálida bandera de los grifos, hechas girones, serviría de peana á nuestro pabellon tricolor!

El pueblo, en esta época, ha probado que es y puede hacerse por sí mismo el soberano, en la guerra, como en la paz. Ha trabajado, armándose por su cuenta, combatido, realizado proezas mil, ya del dominio de la historia; y si unas veces fué derrotado y otras cubierto con los honores del triunfo, siempre se le ha visto, intrépido, volver á la carga; generoso, levantar á sus enemigos arrodillados.....

¡Creeis, sin embargo, que con tanto sacrificio esté hecho todo lo que debe el pueblo mexicano, para regenerarse! No, que desde hace tres siglos, la guerra iniciada viene siendo de independencia y de reforma, y necesita, hoy mismo, que ha vencido á sus mas poderosos adversarios, consumir el programa de los hombres del porvenir. Sí, todavía reforma! reforma á favor de la inteligencia, para el trabajo, para el culto, para el derecho, para la manifestacion de todas las opiniones, para el ejercicio de todas las libertades. ¡Fusion del mundo antiguo en el nuevo! ¡de Huitzilopchtli en la diosa razon! ¡de las retrógradas monarquías en las libres democracias!

Nuestros abuelos y nuestros padres, como sabeis, han tenido el ejemplo y el estímulo de los buenos, en aquellos campeones que prefirieron ser devorados por las llamas, ó dejar el corazon despedazado en el cadalso, á ser vasallos de Hernan Cortés ó de sus sucesores los vireyes de Nueva-España.

Hoy, tenemos con nosotros un símbolo no menos espléndido ni menos admirable de patriotismo, de abnegacion y de virtud republicana. Es Benito Juárez, que se destaca de entre sus contemporáneos, como un coloso!

Con Juárez han militado como alumnos, Matías Romero y Porfirio Diaz. El uno ha heredado toda su firmeza y su constancia; el otro, toda su energía y su valor republicano: Romero, jóven discreto, se

ha formado en los trabajos y los secretos de los gabinetes, un diplomático; Díaz, apenas varon, *vir*, en el sentido de Virgilio, se ha hecho un héroe, al ceñir los lauros de cien combates: el maestro y los discípulos nos pertenecen, y si el pabellon nacional se desplegó glorioso el 5 de Mayo, y si Zaragoza lució este día su espada vencedora, todos han contribuido á hacer imperecedera esta jornada, y todos merecen los aplausos de la posteridad.

Hoy es el día del banquete nacional; acercaos todos los limpios de corazón, que teneis asiento preparado en él: hoy es el día de la fraternidad; venid todos los descariados, y recibireis en premio de vuestras obras, el abrazo de reconciliacion de vuestros hermanos: hoy es el día de la República; acercaos todos juntos, batiendo palmas y tegiendo coronas para ceñir la frente de los libertadores.

¡Oaxaqueños, pueblo de valientes, soldados de la victoria, hijos de Juarez! No abandoneis jamás á vuestros hermanos los hombres de fé en el patriotismo y en las buenas acciones, que nada hay tan grande como la pátria, tan sublime como la inteligencia, tan hermoso como la libertad, tan rico como el progreso, tan generoso como el valor republicano: amemos, pues, y estrechemos en nuestros brazos esa bandera del 5 de Mayo, emblema de tales prendas y de tales virtudes, y juremos al verla ondear orgullosa al viento, que en sus desgracias, antes que desertar del puesto del honor, bajaremos envueltos con ella al sepulcro de los mártires de la independenciam!

(*Aplausos.*)

